

Á esa degradación ha llegado el don de la palabra y el poder de la elocuencia.

Discursos de cajón es tanto como decir:

Palabra de munición, oratoria de pacotilla.

Ó, lo que es lo mismo:

Ignominia de la palabra y vilipendio de la elocuencia.



EL HOMBRE-DIOS

I.

POR lo visto, hay en el fondo de la sabiduría humana y de las grandezas de la tierra, una sombra profunda que, reflejándose en la frente de los sabios y de los poderosos, la cubre de tristeza.

Hablando de Napoleón, decía Sièyes: «Es un hombre que todo lo sabe, que todo lo quiere y que todo lo puede». Los hechos posteriores de Bonaparte, desde el Consulado hasta Santa Elena, dieron testimonio auténtico de la exactitud de las palabras de Sièyes. Genio ó fortuna, ello es que Napoleón, dentro de los límites humanos, todo lo supo, todo lo quiso y todo lo pudo.

Cualquiera que sea la atracción ó la repugnancia que su nombre nos inspire, es preciso admirarlo.

Pues bien: el arte nos representa á este hombre extraordinario, en el momento solemne en que

ejecuta una de sus más atrevidas empresas, como si buscara la ocasión en que debió mostrarse en su actitud y en su rostro la expresión suprema de su audacia y de su genio.

¿Quién no ha visto el hermoso grabado que representa á Napoleón pasando los Alpes? Su figura solitaria se destaca sobre las sombras del cuadro en medio de las bruscas asperezas de un terreno casi inaccesible. Por allí van, con paso lento y silencioso, la audacia y el genio, la fortuna y la gloria.

Mas, reparad bien: aquellos brazos cruzados sobre el pecho, aquella cabeza inclinada, aquellos ojos medio ocultos bajo la sombra de los párpados caídos, aquella frente á la vez despejada y frunciada, revelan, sin duda, al grande hombre sumergido en las luminosas obscuridades de sus vastos designios; pero ¿cuál es la expresión dominante en su actitud meditabunda y en su rostro pensativo?... No es posible desconocerla: la tristeza, la más profunda tristeza.

Cuenta con la audacia, y parece humillado; es el genio, y marcha á cumplir sus terribles destinos con la frente inclinada sobre la tierra; le sonríe la fortuna, y baja los ojos como si quisiera huir del encanto de sus locas sonrisas; ilumina la gloria los horizontes de su vida, y el ligero fruncimiento de su boca descubre que duda á la vez de su audacia, de su genio, de su fortuna y de su gloria.

Parece abismado en hondas soledades de profundas tristezas.

Despójesele por un momento de los detalles suntuarios que reaniman en nuestra memoria la figura característica de Napoleón, y nos será difícil distinguir, en su actitud y en su rostro, si se agita en el fondo de su entendimiento un gran pesar ó una gran empresa.

No penséis que es Napoleón, que, como Anibal, atraviesa los Alpes, y sólo hallaréis en él una actitud desalentada y un rostro triste.

Difícilmente descubriríamos en las arrugas de su frente el plan de conquistar á Italia y el propósito audaz de erigirse en árbitro de Europa: más bien veríamos en ellas las señales inequívocas de un dolor oculto.

No sería á nuestros ojos el hombre que, fatigando la victoria, busca, para apropiársela, la mayor grandeza de la tierra; más bien nos parecería un ser que, cansado de los desengaños de la vida, huye del mundo, oprimido por el peso de muy tristes pensamientos.

II.

Muchas veces he contemplado el busto de Dante, y ante la tristeza que, por decirlo así, sombrea las severas líneas de su rostro, he sentido el impulso de estas mismas reflexiones.

La cabeza del gran poeta, que el arte nos ha transmitido, aparece modelada por rasgos graves, que imprimen en el conjunto de su fisonomía aus-

tera la doble expresión de una gran pena y de una grande esperanza.

El laurel que corona sus sienas brilla sobre la frente de esta gloria humana, como la claridad sobre la sombra, como un rayo de sol sobre una nube, como los resplandores del cielo sobre las tinieblas de la tierra.

Hay en esta mezcla de dolor y de gloria algo semejante al crepúsculo, algo que desciende de alturas inaccesibles, algo que se levanta de abismos desconocidos. Son los espléndores del genio divino que se desvanecen en los rasgos oscuros del rostro humano; es el alma inmortal que resplandece entre las lobregeces de la cárcel mortal en que vive encerrada.

Sea el que quiera el capricho ó la perversidad, la estupidez ó la barbarie de lo que llamáis vuestras opiniones políticas, no os es lícito negar, ante los testimonios auténticos de la historia no falsificada, que Felipe II fué un gran Rey, cuya grandeza ha pretendido en vano obscurecer la calumnia sistemática de sus detractores. Pues bien: si os habéis detenido alguna vez delante del retrato de Felipe II, trazado por el pincel de Pantoja, habréis participado de la tristeza que baña el severo rostro de aquel Monarca que hacía inclinar la balanza de Europa con el peso de su cetro.

En fin: si queréis reunir en una sola imagen el modelo más acabado de la sabiduría, del poder, de la grandeza y de la virtud, considerad bajo el

aspecto puramente humano la nobilísima figura de Jesucristo, y no podréis concebirla en toda la plenitud de su belleza si no se os aparece iluminada por un rayo de luz divinamente triste.

Quiero decir con esto que el fondo de toda sabiduría humana y de todo poder humano es la tristeza.

III.

Hay un rasgo característico, y que podríamos llamar frenológico, propio de toda superior inteligencia, que es la reflexión: y no hay pincel humano que trace fielmente los contornos de una cabeza reflexiva, de una frente pensadora, sin determinarla por medio de rasgos tristes.

Jamás he tenido á Voltaire por sabio, y apenas hay ya quien le conceda un honor semejante; *la Biblia al fin explicada* es ciertamente un monumento de su audaz ignorancia. Se ha hablado mucho del genio de Voltaire; mas la crítica justa, añadiendo una sílaba á la palabra, ha disminuido considerablemente su triste celebridad; ya no se habla más que del *ingenio* de Voltaire. Inferior á Racine, á Corneille y á Molière como literato, hay que concederle, no obstante, como filósofo, el execrable honor de haber sido un gran sofista.

¿No?... Pues examinad la expresión antipática de su fisonomía, y la acerba sonrisa de su boca astuta os revelará bien pronto el veneno de su len-

gua; en las sombras que surcan su frente no descubriréis la majestad del pensamiento que busca la verdad, sino la expresión sarcástica de un rencor soberbio; en aquella fisonomía aguda, burlona y repulsiva, buscaréis inútilmente la majestuosa tristeza que parece ser la atmósfera propia de la sabiduría y del genio.

La burla de Voltaire es una mueca, con la cual intenta encubrir la oculta desesperación en que se agita su espíritu rebelde; podría creerse que su movable inteligencia sólo se sentía animada por un odio incorregible hacia la verdad, como si su falsa ciencia sólo le hubiera hecho probar los frutos más amargos de la sabiduría humana.

Al coger del árbol de la ciencia del bien y del mal el fruto prohibido, parece que Voltaire sólo probó el fruto del mal.

Es cierto que la revolución francesa tributó á su impiedad grandes honores; pero es de toda certidumbre que, si hubiese vivido, esa misma revolución le habría guillotinado, porque tal fué el fin desastroso de todos los que la engendraron.

Si descendemos de la alta región en que habitan los hombres superiores, encontraremos más palpablemente comprobada la observación que sirve de motivo á las presentes reflexiones.

IV.

En efecto: la experiencia es una sabiduría que el hombre adquiere año tras año en la universidad de la vida: el gran libro de esta ciencia experimental es el mundo, el gran maestro es el tiempo.

Por más que la juventud insensata de nuestra época se haya apropiado, por el novísimo derecho de las incautaciones, la posesión incontrovertible de todos los conocimientos con que se enorgullece el género humano, no le ha sido posible todavía á lo menos disputarle á la ancianidad el amargo privilegio de la experiencia.

Y yo pregunto: ¿por qué la infancia, que todo lo ignora, es tan risueña?... ¿Por qué la juventud, que no ve más allá del día en que vive, es tan alegre?... ¿Por qué la ancianidad, que todo lo sabe, es tan triste?...

Ó de otro modo: ¿por qué la sencilla ceguedad de la inocencia y de la ignorancia es más feliz que las orgullosas satisfacciones de la inteligencia?... ¿Qué hay en el fondo de la grandeza y de la sabiduría de la tierra, que de tal modo entristece ó desespera el alma del hombre?... ¿Por qué, en fin, la sabiduría es tan triste?... ¿Por qué la experiencia es tan amarga?... ¿Qué cruel desengaño hay en el fondo de la vida y en el fondo de la ciencia humana?...

Convengamos, no obstante, en que la civiliza-

ción que llamamos moderna, y que es, sin embargo, tan antigua como el hombre, ha convertido la tierra de nuestros días en verdadero paraíso. Concedámonsele, aunque no sea más que por un momento, esta infeliz satisfacción á nuestro orgullo.

Muy bien : hemós plantado en medio de este jardín de delicias el árbol frondoso de la ciencia humana, y, sea como quiera, nos hemos otorgado amplio permiso para probar libremente el fruto prodigioso ; hemos penetrado hasta el último secreto de todas las cosas ; hemos hecho descender de las alturas inconmensurables de su omnipotencia al mismo Dios, y lo hemos declarado súbdito de nuestra razón soberana. Perfectamente. Nos hemos incautado del universo, y, sacándolo de las *manos muertas* de la Divinidad, lo hemos hecho nuestro. Somos, pues, aunque simples mortales, y esta es la gracia, infinitamente sabios, poderosos, principio y fin de todas las cosas.

¡ Ah ! Si las generaciones que ya han desaparecido hubieran podido adivinar este supremo engrandecimiento de la especie humana, habrían detenido la muerte para venir á pasar con nosotros el resto de sus días.

¿ Quién nos tose con tanto poder y con tanta ciencia ?... Verdaderamente, nadie.

Mas entretanto, meta cada uno la mano en el saco siempre lleno de sus propias desdichas ; sondea cada cual el abismo de sus angustias, de sus dolores y de sus tristezas ; penetremos por un momento

en los oscuros rincones de nuestras miserias, y contestemos francamente : ¿ Somos más felices ?

La sangrienta agitación en que vivimos, la desesperada algazara en que nos revolvemos, la ruina que nos amenaza, el incendio que nos cerca, el espanto que nos domina y el desastroso desorden que nos asedia, ¿ son acaso la suprema dicha ó el supremo castigo ?....

Eso sí, nosotros hemos reconstruido el paraíso, ¿ qué duda tiene ! Aquella primera morada del hombre, que los incrédulos niegan, la hemos realizado por un acto soberano, por un acto creador de nuestra sabiduría, de nuestro poder y de nuestro genio ; mas todavía no hemos podido eludir la ominosa ley que nos condena á probar todas las amarguras de nuestras soberbias grandezas.

Al paladear el sabor amargo del fruto prohibido, hemos entrado en la plenitud de la sabiduría, y he aquí que somos dioses.... ; pero ¡ Dios mío, qué dioses tan infelices !....

Lo hemos conquistado todo, menos la felicidad.

V.

Y pregunto de nuevo :

¿ Por qué la sabiduría del hombre está tan llena de tristezas ?.... ¿ Por qué ha de estar la experiencia tan llena de amarguras ?.... ¿ Por qué esta civilización presuntuosa está tan llena de desastres ?.... En

una palabra : si lo sabemos todo, ¿ cómo no sabemos ser dichosos?....

¿ En qué filosofía, en qué ciencia, en qué historia queréis encontrar la explicación de tan raro y tan constante fenómeno?

No hay más que una filosofía profunda, una historia eterna, una ciencia suprema, que saben explicarlo. He aquí el verdadero origen de toda historia, de toda filosofía y de toda ciencia. La primera caída del hombre, el árbol de la ciencia del bien y del mal, el fruto prohibido, es decir, el fruto que hemos alcanzado.

No hay en la historia de la especie humana un hecho más constantemente comprobado. Es un hecho perpetuo que se sucede visiblemente de tiempo en tiempo con claridad espantosa, como si quisiera reproducir en el curso de las generaciones el testimonio vivo de su divina autenticidad.

¡Qué terrible ceguedad se apodera de los siglos impiamente sabios!.... Ellos niegan la revelación en el momento en que ellos mismos la atestiguan.



CUATRO PINCELADAS

EN efecto : ¿ es la mujer un ser poético, espiritual, vaporoso, tal y como nos la representan los primeros sueños de la juventud? Es posible, y no pretendo de ningún modo disipar la perspectiva con que se ofrece á la imaginación un tanto alucinada de casi todos los héroes que figuran en la gran colección de novelas inéditas, que son la continua y repetida historia de las primeras emociones con que el amor se insinúa en el corazón humano.

Sería una crueldad desvanecer el encanto de este idilio, que, sea como quiera, al fin y al cabo llena de risueñas ilusiones las páginas más bellas de nuestra vida. No sería justo borrar del mapa de nuestras esperanzas y del itinerario de nuestros deseos esa especie de Arcadia, por donde, más de prisa ó más despacio, una sola vez ó muchas, pasa

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Aada. 1925 MONTERREY, MEXICO

el corazón de todos los jóvenes, y, lo que es más, las locas presunciones de muchos viejos.

No está tan lleno de felicidades el tránsito que hacemos por este valle de risas y lágrimas, para que nos despojemos, por puro pasatiempo, de tan dulces quimeras. Digan lo que quieran los seres dichosos, no es tan excesivamente fecundo en flores el jardín de la vida, que podamos sin escrúpulo arrancar la fresca azucena de nuestros deseos juveniles, sólo por el gusto de deshojarla.

Pero vamos al caso.

En todo hombre hay algo de Don Quijote y algo de Sancho; todos llevamos en nuestro ser alguna parte de la inmortal locura del ingenioso Hidalgo, y parte también del sentido práctico que distingue al famoso escudero; el que en poco ó en mucho no se reconoce en esa doble creación del genio de Cervantes, es que carece de toda idea de sí mismo.

En virtud de esta propensión de nuestro espíritu, todos convertimos á la primera Aldonza Lorenzo que nos sonríe, en la imagen fantástica de Dulcinea del Toboso, y seguimos, como Sancho, las locuras de nuestra propia imaginación, buscando la felicidad de la ínsula Barataria, que nosotros mismos nos hemos prometido, lo cual no quita que la buena mujer continúe sencillamente aechando trigo y que los términos de la apetecida ínsula no se encuentren en ninguna de las partes del mundo conocido.

No obstante, planteo nuevamente mi duda, y

pregunto: La mujer que nos lleva y que nos trae, que nos alienta y nos desespera, que alternativamente nos engaña y nos desengaña; la mujer que vemos en los campos, en las aldeas y en las ciudades; la mujer, en fin, que anda por el mundo y forma la cara mitad del género humano, ¿es Aldonza Lorenzo, ó Dulcinea del Toboso?

¿Es un ser poético, espiritual, vaporoso, delicado en las ideas, exquisito en los sentimientos, casi aéreo, perfumado, que apenas pisa la tierra? ¿Será verdad que sus cabellos son oro ó ébano, sus dientes perlas, coral sus labios, sus mejillas nácar, marfil sus manos, y rubíes sus lágrimas?

Por de pronto, nos es preciso reconocer que han puesto muy alto el mérito sublime de la fe, de la virtud y del sacrificio. La madre de los Macabeos es muy superior al héroe de Tarifa; es siete veces Guzmán el Bueno. Á Judit no se la puede comparar, sin ofensa de su nombre, ni con Zopiro, ni con Scévola, ni con Bruto. Si se suprime de la historia á Isabel la Católica, Colón desaparece. María Antonieta supo morir mejor que Vergniaud, que Dantón, que Robespierre. En nuestros días, la Asociación de la Cruz Roja, en que los hombres hacen el papel principal, no vale tanto como la humilde institución de las Hermanas de la Caridad, en que las mujeres lo hacen todo.

Es verdad que por una mujer perdió la especie humana la inocencia y la inmortalidad del paraíso; pero me parece á mí que, en justicia, no podemos

reconocer superioridad ninguna sobre Eva seductora en el pobre Adán seducido.

Mas no se trata de las mujeres superiores, porque no son esas las que transformamos diariamente de Aldonzas Lorenzo en Dulcineas del Toboso. Hablamos de todas las mujeres, ó, mejor dicho, de una mujer cualquiera.

Cuando no las vemos al través del cristal fantástico de nuestra imaginación, varía por completo el efecto de la perspectiva, pues la mujer no es como nosotros solemos imaginarla, sino como Dios la ha hecho; y Dios, en castigo de sus culpas, la sujetó desde el principio del mundo á todas las fragilidades, á todas las desdichas y á todas las miserias de la estirpe humana. Esa especie de ángel que nos dibujamos en los sueños de la juventud, es también, hay que confersarlo, un puñado de barro, lo mismo que nosotros.

Sean las que quieran las ilusiones que inspire, ella no aparta nunca la vista de las realidades; su poesía tiene algo de positiva; las ideas que más encarnan en su inteligencia son aquellas que más fácilmente pueden traducirse en hechos. Convengamos en que es un ángel....; ¿por qué no? Sea; pero un ángel que sabe andar muy bien sobre la tierra. Les ha concedido la naturaleza, sobre todo á las españolas, un pie muy pequeño; pero, ¡ah!, ese pie tan pequeño sabe muy bien dónde le aprieta el zapato.

Tres y dos son cinco: he ahí toda la substancia

de su aritmética. Su espíritu no se presta fácilmente á las profundas abstracciones de las matemáticas; pero disponen de procedimientos desconocidos en la ciencia, para que siempre les salga la cuenta.

Así como el triángulo viene á ser la vara de medir de la geometría, la averiguación de que no hay en el mundo más medida exacta que la medida de sus deseos, es, á su vez, la vara de medir á que, por lo común, ajustan sus acciones, sus frivolidades y hasta sus sentimientos.

Va siendo muy frecuente el caso de que los hombres encuentren el ídolo de su corazón en la mujer más rica ó mejor acomodada que la suerte les ponga al paso en el camino de la vida, hallando en ella la felicidad de la holgura y casi siempre el placer de la holganza; mas si esto es frecuente en los hombres, no nos ocultaremos que es general en las mujeres.

Ellas son las que, al ver pasar á un hombre cargado de años, de achaques y de más ó menos millones, viudo ó soltero, exclaman con la mayor naturalidad del mundo: «¡He ahí un hombre que podía hacer feliz á cualquiera mujer juiciosa!», como si no fuera la más peligrosa locura casarse con un viejo.

No se las puede negar esa viveza de imaginación que da á sus pensamientos el aspecto del prisma, en el que se reflejan á un tiempo todos los colores de la luz; movilidad que hemos convenido en llamar talento, y cuyo encanto ejerce sobre nosotros poderoso atractivo; la misma atracción

que ejerce sobre nuestros ojos el movimiento continuo de las ondas del agua.

Pero, en realidad, esa es la superficie; en el fondo hay más reposo, más resistencia, más terquedad, más fijeza de la que parece á primera vista. Pocas son las que no llevan oculta en el fondo de la voluntad la persistencia de la gota de agua que taldra la piedra. Hacen uso, en los casos de empeño, de una lima sorda, que poco á poco y muy suavemente va gastando la dureza del hierro.

Dios ha concedido á las sonrisas y á las lágrimas un poder que no es fácil eludir, y las mujeres poseen la especialidad de ambos recursos, en los que fundan la gran fuerza de su debilidad; porque, eso sí, son unos seres débiles, desvalidos, y sólo Dios sabe lo que sería de ellas si no contaran con la doble defensa de las sonrisas y de las lágrimas.

Si se me pidiera una definición precisa, breve y compendiosa del singular carácter que las distingue, diría sencillamente que la mujer es un ser que de todo se ríe y por todo llora.

El que lea estos renglones puede ser que añada á la exactitud de mi definición el recuerdo de haberlas visto alguna vez llorar y reír á un mismo tiempo.

Mirando las cosas sin penetrar más allá de la superficie, es preciso reconocer en ellas el mérito de la docilidad, de la sumisión, de la obediencia. Sea el que quiera el punto adonde se dirijan, es inútil preguntarles adónde van.... ¡Desgraciadas víctimas

de la tiranía de los hombres, ellas van siempre por donde las llevan!... Debajo de la realidad de esta apariencia, puede encontrar el observador curioso y atento indicios bastante seguros para presumir que, sea donde quiera adonde vayan ellas, no van nunca más que adonde quieren.

Grande es la fama de habladoras que han adquirido en el mundo; pero la fama no es siempre justa, porque he ahí un secreto que jamás descubren.

Parece que aquellas cosas que caen dentro de la jurisdicción del entendimiento deben juzgarse por las reglas invariables de la razón, de la ciencia y del arte. Por eso la crítica de los hombres se empeña en demostrar las bellezas ó los defectos, las verdades ó los errores que contienen las obras del arte y las teorías de la ciencia. Vana tarea, á lo menos para la bella mitad del género humano.

Las mujeres tienen su crítica aparte; crítica personal, imperiosa, sin reglas y sin demostraciones, cuya fórmula es definitiva é indiscutible. Lo mismo juzgan del sabor de un manjar, del color de un vestido ó del aire de un lazo, que de las obras maestras del arte y de la ciencia.

¿De qué se trata?... ¿De la piña de América, del adorno de una falda, de la cinta de un sombrero, ó de un cuadro, de una estatua ó de un libro?... ¿Del cocinero, de la modista, de la planchadora, ó de Murillo, de Cervantes, de Balmes?... Es lo mismo. Ellas hacen, por lo regular con bastante

gracia, un gesto de complacencia ó de desdén, y dicen resueltamente : *Me gusta, ó no me gusta.*

En realidad, no hay nada que replicarles.

Y bien : ¿ aciertan?... Justo es confesarlo : aciertan algunas veces ; mas no es ese el punto adonde mi observación se dirige.

Me gusta, ó no me gusta. Tal es la fórmula imperiosa de sus fallos, por lo común inapelables. Admiramos la ingenuidad de esta crítica, que tiene, por lo menos, la ventaja de ahorrar trabajo, estudio, reflexión, y, por decirlo de una vez, conocimiento exacto de lo verdadero y de lo bello. Es, permítaseme la palabra, una crítica sensual, que confiere á las meras sensaciones de los sentidos las nobles aptitudes del entendimiento.

Dejo á los filósofos la averiguación científica de la causa que produce este fenómeno psicológico, que concede, por regla general, á las mujeres la ciencia infusa de una estética bastante caprichosa. Nosotros, algo distantes de esos estudios nebulosos, en que los grandes talentos se abisman y los talentos medianos se pierden, debemos ver la demostración de una verdad sencilla y práctica ; á saber : que las mujeres no renuncian nunca al imperio de *su gusto.*

Débiles, sumisas, pacientes, todo lo ponen en nuestras manos : su honra, sus virtudes, sus esperanzas, sus felicidades.... Y, en cambio, ¿ qué se reservan?... Nada, casi nada : la dictadura de sus caprichos.

No obstante, el imperio de *su gusto* no es un despotismo ciego ; sobre la dictadura de sus caprichos hay una ley suprema : *la moda.* Se puede decir que la moda es la ley absoluta de la mujer. Á ella subordinan sus adornos, sus muebles, sus gestos, sus miradas, sus sonrisas, sus costumbres, sus sentimientos y hasta sus enfermedades, porque ya sabemos que hay también enfermedades de moda.

¿ Adónde no irá una mujer si la moda la llama?... También ellas desean sobresalir, distinguirse, singularizarse ; pero, ¡ oh crueldad del destino!.... *La Moda* las hace á todas iguales. ¡ Terrible igualdad ! Se parecen entre sí de una manera desastrosa.

Si se pudiera hacer un análisis minucioso del corazón de la mujer, encontraríamos como base el amor, la paciencia y la ternura ; pero ¡ dichoso el mortal á quien no le haga competencia una falda de encaje, un collar de perlas, un coche ó un palacio !

Si conseguís vencer estos obstáculos, que frecuentemente opondrá el mundo á vuestra ansiada felicidad ; si encontráis ese ser casi ideal que os sacrifique sus caprichos y sus vanidades, renunciad á ser generosos, á ser valientes, á ser héroes, porque la mujer ama la gloria, pero la aterran sus peligros y no se conforma con ellos ; lo que me atrevo á llamar la codicia de su amor, quisiera una gloria que cayera por la chimenea.

Sería una injusticia negarles el golpe de vista, no siempre seguro, del sentido práctico.

La mujer es una bella poesía traducida en pura prosa.

Dios sabe adónde puede llevar una mujer el egoísmo de sus vanidades, y, de la misma manera, es insondable el egoísmo de su ternura.

Mas hagamos punto, porque nos esperan á la vuelta de la hoja los dos grandes poderes que han tenido siempre revuelto al mundo, y en los que encontrará el lector manos á boca el complemento de estas cuatro pinceladas.



LA HERMOSURA Y LA RIQUEZA

I.

TENEN los diamantes la opulenta cualidad de atraer y de reflejar la luz, lanzándola á los ojos en continuos relámpagos de vivísimos colores; parece que esta piedra preciosa, súbitamente incendiada por la explosión de un fuego oculto, arroja en todas direcciones llamas fugitivas de resplandores rojos, amarillos, verdes y azulados. La luz se complace, se recrea en coronar con sus rayos las facetas del diamante, como si se sintiera impulsada por una atracción irresistible, y textualmente se deshace al tocarlo.

En este movable y continuo esplendor de luces y colores, y en la pureza, digámoslo así, de sus aguas de fuego, consiste todo el secreto de su mérito. Verdadero secreto, puesto que, reservándose la naturaleza el privilegio exclusivo de fundir los